



Boletín Oficial

DEL
Obispado de Osma

AÑO LXXVII 8 SEPTIEMBRE DE 1936. NUM. XI.



NOS EL DR. DON TOMÁS GUTIÉRREZ Y DIEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓ-
LICA, OBISPO DE OSMA SEÑOR DE LAS VILLAS DEL BUR-
GO, UCERO Y DE LAS DOS QUINTANAS RUBIAS, ETC.

Al Ilustrísimo Señor Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia
Catedral; al M. Ilustre Sr. Abad y Cabildo de la Insigne Iglesia
Colegiata de la Ciudad de Soria; a Nuestro Seminario Diocesano
de Santo Domingo de Guzmán, a los Sres. Arciprestes, Pá-
rrocos y demás Clero secular; a las Comunidades Religiosas
y a los fieles todos de Nuestra amada Diócesis,

SALUD; PAZ Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*Diliges dominum Deum tuum ex toto corde tuo,
et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota
virtute tua. Hoc est primum mandatum. Secundum
autem simile est illi: diliges proximum tuum sicut te
ipsum. Maius horum aliud mandatum non est.*

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón,
y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Este es
el mandamiento primero. El segundo, es semejante a
éste: amarás a tu prójimo como a tí mismo. No hay
otro mandamiento mayor. Marc. XII, 30, 31.

Venerables Hermanos y amados Hijos:

De aquel santo Pontífice que se llamó Pío X, nos
contaban, a los pocos meses de su elevación al Pon-
tificado, que se le había acercado una mañana el más
atrevido de sus familiares y le había dicho: «Santísi-

mo Padre, todo el mundo espera que Vuestra Santidad hable; y son ya muchos los que, impacientes, preguntan, qué hace el Papa; y que éste había contestado sonriendo: A CUANTOS OS PREGUNTEN, DECIDLES QUE EL PAPA ORA Y SE ORIENTA». ¡Digna respuesta, en verdad, de tan gran Pontífice.

Pues, si alguna vez fuera lícito comparar las cosas grandes con las pequeñas, análoga respuesta hubiéramos dado Nós a cuantos, de distintos puntos y en diversas formas, hace ya tiempo que Nos vienen significando sus deseos de que os escribamos una «Carta Pastoral», por ser esta la forma usual empleada por los Obispos para adoctrinar a sus diocesanos,

Han ido trascurriendo los meses y, a decir verdad, no sentíamos prisa por escribiros. Y esto, no porque reusemos cumunicarnos con vosotros; antes tenemos en ello singular complacencia; sino porque también Nós, antes de hacerlo, sentíamos vivamente la necesidad de acudir a Dios y de orientarnos. Por eso hemos ido dejando pasar los meses; y durante ese tiempo, hemos orado; y hemos procurado también orientarnos.

Insistentemente hemos acudido al Padre de las luces suplicándole humildemente que Nos las otorgara abundantes, para que atináramos a deciros algo que os sirviera de provecho en el camino del cielo.

Hemos orado; y hemos tratado también, en cuanto las circunstancias adversas Nos lo han consentido, de adquirir de vosotros y de cuanto os rodea, un conocimiento lo más exacto que Nos ha sido dado; queríamos conoceros, saber quiénes erais, las necesidades que teníais para proporcionaros, en cuanto esté en nuestra mano y conforme al amor grande que en Cristo os debemos, y os profesamos, el oportuno remedio,

Y, aunque el conocimiento que de vosotros hemos adquirido, no sea aún tan cabal y completo como Nós mismo hubiéramos deseado, creemos, sin em-

bargo, conoceros ya lo bastante para poder deciros algo que os sirva de provecho, y no sean solo palabras que azoten el viento.

Porque, desde luego, hemos podido apreciar, en los meses que llevamos entre vosotros, que también en la diócesis de Osma, por desgracia, se había desatado en estos últimos tiempos, una furiosa tormenta de odio y pasiones humanas que han corvertido a muchas parroquias, que fueron en días, aún no lejanos, vergeles frondosos de virtudes cristianas, en campos estériles que semejan eriales incultos.

Hemos visto, y no sin gran dolor de nuestro corazón, cómo también entre vosotros existió un odio feroz, más que africano, que había venido a reemplazar a aquel amor mutuo y santo que os debierais tener, y que antes os teníais, como cumple y corresponde a los buenos cristianos.

Hemos podido comprobar fácilmente que entre vosotros también era dura y estaba enconada esa lucha de clases, ciega e injusta, lucha verdaderamente fratricida, que ha venido a destruir la necesaria y fecunda armonía que antes justamente entre ellas reinaba,

Y hemos tenido, finalmente, que lamentar, más de una vez, que era muy alta la tensión, y se acrecentaba de día en día en vosotros la fiebre de los bienes caducos y perecederos de la tierra, quedando soterrada, en cambio, en lo más profundo de vuestras almas la aspiración nobilísima de los bienes sobrenaturales y eternos del cielo.

Y todo esto que tan doloroso Nos era, V. H. y A. H., creíamos quedaba suficientemente explicado por algo que Nos duele más todavía: por ese lamentable abandono, por la indiferencia glacial y menosprecio profundo en que son tenidas por muchos de vosotros, las cosas de Dios y de nuestra sacrosanta religión; por la trasgresión demasiado frecuente, casi ge-

neral, de los Mandamientos divinos y de los Preceptos de la Iglesia santa, He aquí, según Nuestro entender, la verdadera causa. si no única, ciertamente la más principal, de esas luchas intestinas que os devoran, de ese odio estéril que os consume, Porque, quien no ama ni teme a Dios, ¿cómo es posible que tenga respeto y amor a los hombres?,

Pero lo que ya no tiene tan fácil explicación; de lo que no podíamos persuadirnos tan fácilmente era, de que esos hombres, que tanto se odian y tan encarnizadamente luchan entre sí por arrebatarse unos a otros la codiciada presa de los bienes caducos de la tierra, fueran cristianos que creen en la realidad de los bienes eternos del cielo. No podíamos persuadirnos de que esos hombres, que tanto se odian, creyeran que son hijos de un mismo Padre, que es Dios y está en los cielos; que tienen un hermano mayor, que se llama Jesucristo; el cual dió su vida en la Cruz para que todos ellos fueran hermanos, y como tales, se amaran; no acabábamos de persuadirnos de que esos hombres creyeran en la existencia de un Dios justiciero y santo. omnipotente y eterno, que ha de pedirles un día, que llegará muy presto, cuenta estrecha de todos sus actos,

Y, sin embargo, parece cierto, por otra parte, que la generalidad de ellos, que la mayoría inmensa de los habitantes de Osma, son creyentes.

Porque, ¿cómo explicar sino el hecho, por otra parte consolador en alto grado, que a diario se repite, pues esos hambres, sea cual fuere su estado, condición o edad, cuando la muerte llama a sus puertas, todos o con rarísima excepción, que aquí no cuenta, acuden presurosos al sacerdote para que éste les franquee las de una venturosa eternidad?. ¿No es ello una prueba palmaria de que esos hombres abrigan, aunque dormida en el frío de su corazón, el germen fecundo de la fe?.

Pues pensando Nós seriamente delante de Dios todas estas cosas, hemos creído, más aún que conveniente, necesario, hablaros, con motivo del primer aniversario de nuestra venida a vosotros, de la que al presente juzgamos vuestra mayor necesidad: *de la caridad*, es decir: del verdadero amor que debemos a Dios; y del que estamos obligados a profesar a los hombres.

I.

Necesaria es la fe. «Sin ella, dice el Apóstol (Heb. 11. 6.) es imposible agradar a Dios». Y, hasta tal punto nos es necesaria, que «todo el que no crea se condenará», (Marc, 16, 16). Ni es menester aguardar otro veredicto de culpabilidad, ni que el Juez supremo dicte su sentencia final, porque «el que no cree, ya está juzgado (Joh. 3, 8,) no ha menester más.

Es, pues, indudable que tenemos necesidad de la fe; y vosotros, por fortuna, os lo hemos dicho ya y Nos place repetirlo, sois creyentes, tenéis fe, conserváis incólume ese rico tesoro que os legaron vuestros padres.

Pero, ¿de qué os serviría la fe, si no va, a su vez, acompañada de la caridad?. Porque, no os forjéis ilusiones: la fe sólo no os ha de salvar; ella sola no es bastante para justificaros. «La fe, sin la caridad, puede estar: lo que no puede es aprovechar», dice San Agustín, (De Tri). Vosotros creéis, y en esto, bien hacéis; pero también creen los demonios, y su fe de nada les sirve. «Demonies credunt, et contremiscunt», (Jac. 2, 19.) Los Demonios creen y se estremecen, dice el apóstol Santiago.

Pues así vosotros: «aunque fuera tanta vuestra fe que con ella trasladarais las montañas, si no tenéis caridad», «*nihil prodest*». (Cor. 13, 2.) nada aprovecha esa fe, dice el Apóstol, porque la fe, sin las

obras, es cosa muerta; y muerta está, a la vida de la gracia, y de ningún valor sobrenatural es toda obra que no vaya acompañada de la caridad, virtud excelsa que todo lo anima y vivifica. «El que no ama, está muerto (Joh. 3, 4.)», dice S. Juan; y claro es que no ama aquel a quien le falta la caridad, porque la caridad es amor, aunque no todo amor sea caridad.

Por eso, si vosotros no amáis, si no tenéis caridad, por arraigada que en vosotros esté la fe, estáis, muertos a la vida sobrenatural. Y ¡ay!, que, aunque Nos cuesta mucho trabajo deciroslo, porque Nos resulta demasiado doloroso, pero Nos vemos obligados a ello, porque Nos debemos a vosotros y a la Verdad; y la verdad aquí es que, entre vosotros, son muchos los que están muertos a la vida de la gracia.

Sí; muertos estáis a la vida de la gracia cuantos, por negligencia o apatía, por falta de valor para vencer los respetos humanos y oponeros al funesto, *¡qué diran!*, dejáis de tributar a Dios el culto debido; quebrantáis los días festivos, dejando de asistir al santo sacrificio de la Misa, ocupándoos durante la mañana en obras y trabajos que os están vedados y profanando la tarde con diversiones poco honestas, cuando no licenciosas, impúdicas e inmorales.

Muertos estáis a la vida de la gracia, los que, ni siquiera una vez al año, laváis vuestras almas con las aguas lustrales de la Penitencia; muertos, los que no cuidáis de sustentarlás con el alimento indispensable de la Eucaristía.

Muertos estáis así mismo a la vida de la gracia, los que, haciendo caso omiso de las saludables leyes del ayuno y abstinencia, regaláis con exceso vuestros cuerpos «en comilonas y embriagueces», como dice el Apóstol, (Rom. 13, 13).

En una palabra, y para no hacernos interminables, muertos estáis a la vida de la gracia, cuantos

voluntariamente quebrantáis cualquiera de los mandamientos de Dios o hacéis tabla rasa de los de Nuestra Santa Madre Iglesia. Porque, si muerto está el que no ama (Joh. 3, 4.), y es evidente que vosotros noamáis, porque el que ama guarda las mandamientos de Dios, (ibi, 14, 15.) y vosotros no los guardáis; el que ama a Dios observa su doctrina, y la práctica, (ibi. 23, 24.) y vosotros no la observáis ni la practicáis, bien seguros estamos de no descubrirnos ningún secreto al deciros, que entre vosotros, son muchos los muertos; porque es evidente, vosotros lo sabéis: en la diócesis de Osma, son muchos los que, sin causa alguna razonable, sin motivo serio que lo justifique, habitualmente, de ordinario, son muchos los que descaradamente quebrantan los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Esos cristianos, aunque tienen fe, y parece que están vivos, por falta de amor, por no tener caridad, son, más bien, cadáveres galbanizados, cadáveres ambulantes. Esos cristianos, están muertos, son enemigos de Dios, cuyos mandamientos conculcan, cuyos preceptos traspasan; ¡no le obedecen!!!.

¡Qué extraño es que sobre ellos lluevan a porfía los males y descarguen sin cesar desgracias e infortunios?. Si nosotros no amamos a Dios, ni le obedecemos, ¿cómo nos ha de amar Él ni ha de defendernos? ¿Cómo ha de mirar Él complacido nuestras obras, ni va a derramar a manos llenas sobre nosotros sus gracias y bendiciones?. A menudo nos quejamos de los trabajos y calamidades que Dios nos envía; y al hacerlo así, somos injustos, porque los merecemos; y damos pruebas de olvidadizos, porque deberíamos tener presente lo que Él dijo ya a su pueblo escogido en el (Deut, 28, 59,) «Si no guardares e hicieres las palabras todas de la ley, aumentará Dios tus plagas, porque no oíste la voz del Señor Dios tuyo». Pues, «filii hominum, os diré con el Salmista, usquequo gravi corde? ¿Hasta cuándo vais a estar con los ojos

cerrados, para no ver que esta vuestra conducta, desatentada y loca, es la que os está causando los más graves daños?. La mayor parte de los males que padecemos, y tanto nos duelen, son voluntarios; desaparecerían del mundo, si nosotros quisiéramos, convirtiéndole, sino en un paraíso, que éste huyó de la tierra con el primer pecado, pero sí en un lugar apacible, en morada agradable del hombre, donde con menos trabajos y sinsabores, más aún, con relativa dicha y contento, pasaríamos los pocos días de vida que el Señor nos concede en la tierra, esperando tranquilos el venturoso de la muerte en que fuéramos trasplantados al paraíso del cielo.

Pues, V. H. y A. H., puesto que creer no basta, y es menester amar; puesto que no basta la fe, y es necesaria la caridad, decidámonos de una vez; seamos consecuentes y obremos como racionales. Tenemos echado, y es sólido el fundamento; levantemos sobre él el resto del edificio; no dejemos la obra comenzada y haya de decirse de nosotros aquello del Evangelio; «hic homo coepit aedificare et non potuit consummare». Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar; puso la mano en el arado, y se volvió atrás. Puesto que creemos que Dios es nuestro Padre y hermanos nuestros los hombres, amemos a Dios como Padre y a los hombres todos como a hermanos. Pero amémosles con amor verdadero, con el que Dios quiere que les amemos, que es con el amor de caridad, que es el amor que de todo punto se requiere, porque él es el único que basta.

II

Porque hay que tener en cuenta, V, H, y. A. H. que, aunque la caridad es amor, pero no todo amor es caridad. Y así, no basta amar a Dios y al prójimo con cualquier amor, sino que hemos de amarles con el amor de caridad. Esta, como su mismo nombre lo indica, es el más excelso de los amores; es el amor

de una cosa riquísima, de precio y valor inestimables. «Caritas, dice el Angélico Dr. Santo Tomás de Aquino, (in III, D. 27. Q. 2, a. 1.) quasi carissimam rem ponit amatum».

Y siendo esto así, es fácil comprender cómo no hay cosa criada que pueda ser objeto de la caridad; porque no hay cosa criada que sea tan rica, que tenga tanto valor y su precio sea tal, que pueda llamarse inestimable. No lo es, ni llamarse puede inestimable el bien que, si ausente nos solicita y atrae, presente, nos astía y empalaga; no es inestimable el bien que, por su propia naturaleza, es efímero y pasajero; el que hoy es y mañana no aparece; el que nos acompaña un momento y luego nos abandona. Pues esto ocurre, por necesidad, con todos los bienes criados. Y así sólo Dios, bien increado que todo lo llena, único bien que poseído causa hartura, bien que siempre permanece y nunca se muda, puede con razón, ser tenido como riquísimo, de valor y precio inestimable: sólo Dios, por consiguiente, puede con verdad ser el objeto de la caridad. También en este sentido es verdad aquello que leemos en San Juan; «Deus, caritas est», 1 Joh. 4, Dios es caridad.

Por dos motivos bien diferentes, y de perfección muy distinta puede ser amado por el hombre ese Bien increado, objeto de la caridad.

Puede el hombre amar a su Dios porque Este es bueno para el hombre; porque éste ha recibido de aquél favores, y aún espera dávidas. Y, aunque sea bueno este amor, que siempre es bueno el agradecimiento para con el bienhechor, pero bien se ve que no es del todo puro, tiene su parte de amor propio, lleva consigo cierta imperfección. En ese caso, más bien que a Dios, se ama el hombre a sí mismo; lo que busca entonces la voluntad, más que el bien de Dios, parece que es su bien personal, su propia utilidad. Por eso se denomina este amor, amor de *concupiscencia*.

Hay otro amor, en cambio, que es el de *venevo-*
encia, el cual excluye y arroja fuera de sí todo gé-
nero de imperfección. Con este amor ama el hombre
a su Dios por sí mismo, porque es bueno, prescin-
diendo de si ha recibido de El, de si va a recibir o
no, mercedes y dádivas. El amor de benevolencia
ama a la Bondad por sí misma, por sus perfecciones
y buenas cualidades; y amando el hombre así a su
Dios, le ama con el amor más puro y perfecto, por-
que no hay amor más puro que el que se funda en la
bondad de la persona amada, el que la ama por sí
misma, con exclusión de todo interés o propia utilidad.

Es así como ama el amigo a su amigo; por sí
mismo, porque lo merece, por sus buenas cualidades y
prendas, sin miras interesadas. Por eso dice Santo
Tomás, (2. 2. q. 23, a. 1.) que la caridad es amor de
amistad.

No de concupiscencia, que éste, es amor imperfec-
to; ni de simple benevolencia, porque la amistad pide
reciprocidad «*amicus, est amico amicus*», y esta bene-
volencia mutua, que se funda siempre en alguna
comunicación, cuando existe entre Dios y el hombre
y tiene por fundamento el bien sobrenatural, es lo que
se llama caridad; que la caridad, nos dice San Agus-
tín, hace al hombre amigo de Dios. «*Caritas facit
hominem amicum Deo*», (De Triní. c. 384.) Y Jesús a
los Apóstoles: «Ya no os llamaré siervos, porque el
siervo no es sabedor de lo que hace su amo: a voso-
tros os he llamado amigos, porque os he hecho saber
cuantas cosas oí de mi Padre, (Joh. 15, 15.)

Y es muy digna de tenerse en cuenta la razón que
Jesús da a sus apóstoles para llamarles amigos; por-
que les ha dado a conocer, les ha comunicado, ha-
ciéndoles participantes de todo, lo que el recibió de
su eterno Padre; porque les ha revelado los secretos
íntimos, los más ocultos misterios de la vida íntima
de Dios, de la vida sobrenatural. He ahí, la razón,

por consiguiente, de ese amor mutuo de benevolencia que se da entre Dios y los hombres; la *comunicación sobrenatural*. Este es el motivo y toda la razón de ser del amor de caridad.

Y es que, como al entendimiento le sigue la voluntad, así también sigue el amor al conocimiento; y, por consiguiente, según sea el que de una persona tengamos, así será también el amor que la profesaremos.

Ahora bien; el hombre, con solo tener uso de razón, por escasa que sea cultura, conoce y sabe que Dios es el manantial fecundo de todos los seres naturales, que a manos llenas esparció por el universo; que El es el bien infinito, el fin último y complemento necesario de todos los seres criados, el dueño absoluto de todo cuanto existe, el rector soberano del universo, porque de El, como de fuente inagotable, recibieron todos cuanto poseen; y en El, como en abismo sin fondo, todos han de encontrar también lo que les falta.

Fundado, pues, en ese conocimiento, y por todos y por cada uno de esos motivos, podría cualquier hombre, aunque fuera gentil o pagano, amar a Dios sobre todas las cosas, mas aún que a sí mismo, y por ese solo motivo de ser El quien es. Pero este amor, con ser de un objeto tan alto, y a pesar de ser tan puro, no sería caridad; porque hay otro amor que le supera en nobleza y dignidad; amor que no puede vivir en un corazón pagano, que es patrimonio exclusivo del cristiano.

Y, en efecto; el cristiano, iluminado por la antorcha esplendorosa de la fe, descubre y encuentra en Dios una nueva realidad; el cristiano, que sabe que Dios, no sólo hizo el mundo y en medio de él colocó al hombre como a dueño y señor de toda la creación, sino que hizo también el cielo empíreo para morada suya, y a compartirla con él llamo a todos

los hombres, estando dispuesto a poner en el alma de todo el que viene a este mundo, un ser sobrenatural y divino, la gracia satisficente, verdadera llave de oro que nos abre las puertas del cielo, patente divina que nos confiere el derecho a la posesión y disfrute de la gloria; el cristiano, que ve y reconoce en Dios esta muestra señalada de su nueva largueza y liberalidad para con el hombre, si ha de ser justo, y no quiere ser ingrato, ha de amar en Dios esa extraordinaria y soberana bondad.

Y este, precisamente, es el amor de caridad. Porque si la caridad, como hemos dicho ya tantas veces, es el más excelso de los amores y el amor de un bien de precio inestimable, es evidente que sólo el amor que profesamos a Dios, por ser El quien es, la suma Bondad, que se ha dignado comunicarse, no ya por los bienes de naturaleza, sino por los infinitamente más valiosos de la gracia, y amándola por sí misma esa Bondad infinita y sobrenatural, es como tendremos, a un mismo tiempo, el amor del bien más alto y estimable, y el modo más puro y perfecto de ese amor; ya que no hay, ni puede haber, ni concebirse siquiera, un bien mayor que la Bondad infinita y sobrenatural de Dios; así como tampoco es posible encontrar un modo de amor más perfecto y puro que el de amar por sí misma a esa Bondad infinita y sobrenatural.

Pues ahí tenéis, V, H. y A. H., el amor que Dios pide al hombre cuando le dice; «amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Marc. 12, 30.) Quiere Dios que nuestro entendimiento, quede sometido a El totalmente; que nuestra voluntad, se conforme plenamente con la suya; y que todas nuestras facultades exteriores, le obedezcan rendidamente y en un todo.

Si; quiere Dios que le amemos a El, bondad infi-

nita y sobrenatural, sobre todas las cosas, más aún que a nosotros mismos, y esto no por propio interés; (aunque de hecho en el amor de Dios sobre todas las cosas, es donde encuentra el hombre su mayor bien y felicidad) sino porque El es la Suma Bondad. Y este es el amor de caridad; el que Dios pide al hombre, el que de nosotros exige, y ningún otro amor nuestro le contenta ni satisface; porque este es el mejor amor, y el que, por tanto, le es debido a El. Este es aquel amor nuevo que Jesús nos trajo del cielo; el amor que con tanta insistencia predicaba Jesús a las turbas que le seguían; el que nos enseña e inculca constantemente el santo Evangelio; este es el amor que el Espíritu Santo enciende en el corazón de los hombres cuando, aborreciendo estos el pecado, se convierten a Dios que les restituye a su gracia y amistad. El Espíritu Santo, que habita entonces en sus almas, pone en ellas el ser divino de la gracia con la cual las ennoblece y eleva; y coloca, a la vez, en la voluntad, una inclinación y tendencia divina que la impulsa hacia Dios como peso o imán que la arrastra hacia ese Bien infinito, Y ese ser divino, esa divina tendencia e inclinación, ese como peso o imán que atrae y arrastra el alma a su Dios, es precisamente la caridad, que es el amor con que el hombre ha de amar a su Dios, porque es el sólo y único amor con que Dios quiere ser amado por el hombre: con el amor de amistad, de mutua benevolencia, fundada en la comunicación del bien sobrenatural; que, repitámoslo una vez más, este es el verdadero amor de caridad.

III

Hemos dicho, V. H. y A. H., y así es la verdad, que el Bien increado, la Bondad infinita y sobrenatural de Dios es el objeto formal de la caridad que por

esa bondad, y sólo por ella, ha de amar el hombre a Dios, sobre todas las cosas, y más aún que a sí mismo, para que ese amor pueda llamarse propiamente, y de hecho lo sea, amor de caridad. Lo cual, sin embargo, no es obstáculo para que también hasta el hombre llegue y se extienda el amor de caridad.

Sabido es que una persona puede ser amada por sí misma, por la bondad que en sí tiene; pero puede ser amada también por su proximidad y unión con otra que principalmente, y por sí misma, es amada. Nuestro amor y amistad se extiende a veces a los parientes y amigos de una persona a quien amamos, sin más razón que las relaciones de parentesco o amistad que con aquélla les une. De donde vino aquel aforismo vulgar: «*qui diligit me, diligit et canem meum*». Él que a mí me ama, ama a mi perro, es decir; a cuantos de algún modo me están unidos. Pero bien se ve que, en todos esos casos, no son varios, sino siempre es uno y el mismo el motivo del amor que a todas esas personas profesamos.

Pues esto mismo es lo que ocurre con la caridad. Porque la caridad que tiene por único objeto formal la bondad sobrenatural de Dios, es un solo foco de amor; pero despide de sí dos radios; el uno, que es el principal, se dirige a Dios, donde encuentra siempre, de un modo esencial, total y completo, aquella bondad sobrenatural; el otro, se encamina hacia el hombre, en el cual no siempre encuentra, *de hecho*, esa bondad; y, cuando en él la descubre, ve que no la posee más que de modo incompleto, imperfecto, parcial. Pero en ambos casos, la voluntad, no tiene más que un sólo motivo, y siempre el mismo, para amar: aquella bondad divina y sobrenatural, que, donde quiera que ella esté, y de cualquier modo que allí se encuentre, basta y sobra para que el hombre rinda ante ella su voluntad; y, por sí misma, la ame.

Y esto sólo debiera bastar para que cualquiera se

diera cuenta de lo que es el amor de caridad, por lo que al prójimo se refiere. Pero estamos en unos tiempos de tal confusionismo de ideas, que habremos de insistir un poco más en la explicación del amor de caridad que Dios nos manda tener a nuestros semejantes. Son tantos los que confunden la caridad *verdadera* con cualquier sentimiento de filantropía, que, todo rayo de luz en esta materia, podría ser de alguna utilidad.

Dos viajeros se encuentran en el tren. Hasta entonces, jamás se han visto; pero entran en conversación y luego advierten que ambos se dirigen al mismo punto. Esto les basta para obsequiarse mutuamente, dándose pruebas de estima y afecto. Estos dos hombres ya se aman. Su amor, sin embargo, no es el amor de caridad.

Sigámosles en su viaje: uno de ellos se encuentra con un pariente cercano; el otro con un amigo de la infancia. Después de haber conversado con vivas muestras de afecto, llega el momento de la despedida y se estrechan fuertemente sus brazos. ¡Cuánto se amaban, dicen todos al verlo!, Y es verdad. Pero tampoco es ese el amor de caridad.

Es ya una madre que, al pie de la cama del hijo enfermo, pasa los días y las noches; y, cuando la fiebre sube y el enfermo se agrava, los ojos de aquella madre son dos ríos de lágrimas; sus labios van a posarse, una y otra vez, en la frente sudorosa del hijo cual si quisiera, a fuerza de amor, arrancar de él la mortal dolencia. Al menos este amor tan intenso, dirá alguno, ya será caridad. ¡Oh!, no; tampoco es ese el amor de caridad. Se concibe y es natural que un hombre ame a otro hombre, por el mero hecho de serlo; por tener una misma naturaleza, igual origen, idéntico destino: siempre la semejanza fué causa de amor.

Se comprende y es natural el amor de amistad,

vínculo estrecho, aunque voluntario, que une entre sí a dos almas que han simpatizado y mutuamente se corresponden; se concibe y es natural, el amor entre parientes, por llevar en sus venas una misma sangre; se conciben y explican todos estos amores y otros muchos modos y grados de amor entre los hombres, sin que ninguno de ellos llegue a la categoría excelsa del amor de caridad. Todos estos amores pueden encontrarse, de hecho se encuentran, entre los paganos; y la caridad, es un amor exclusivamente cristiano. Todos estos amores se fundan en algo criado, natural y humano. El fundamento de la caridad es increado, sobrenatural y divino. Todos esos amores son buenos y se han de fomentar; pero ellos sólo apenas si constituyen el patrón, el tronco silvestre, en que el divino jardinero, Cristo Jesús, injertó la planta bendita de la caridad. Esta, precedida de la fe, que ve en cada uno de los hombres, pariente o extraño, amigo o adversario, de la propia nación o extranjero, libre o esclavo, con tal que sea hombre, ve y encuentra en él, el cristiano, a través de la corteza de la naturaleza humana, un ser divino, ese carácter augusto de la gracia santificante que le eleva y sublima hasta hacerle hijo verdadero del mismo Dios. Y ese ser divino, esa gracia santificante, esa participación de la naturaleza divina, que en el hombre existe, o puede existir, es precisamente el fundamento y motivo del amor de caridad, que por lo que respecta al prójimo no es otra cosa que el amor que le profesamos, porque en él existe, o para que en él exista, la gracia santificante en esta vida y la gracia eterna en la otra.

Y este es precisamente aquel amor que con tanta insistencia nos recomendaba Jesús cuando decía: «*Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem.* (Joh. 13, 34.) os doy un nuevo mandato, que os améis unos a otros. *hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem, Ibi 15, 12. hoc mando vobis ut diligatis invicem,*

ibi. 15, 17, No se cansa de repetirla, al fin, como quien sabía cuánto nos había de costar que nos amemos los unos a los otros. Este dice que es su nuevo mandato, este su mandamiento, esta su voluntad, esto lo que nos manda, como si no tuviera otra cosa que decirnos, ni otra cosa que mandarnos más que ésta: que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado, es decir, con el amor de caridad que es el que El nos tuvo, el que nos trajo del cielo, el que nos predicó, de palabra y con las obras, desde la cuna hasta el calvario; la caridad fraterna, el amor santo que un hombre debe profesar a otro hombre, por el mero hecho de haber sido ambos destinados por Dios a gozar con El en el cielo de su propia gloria; por ser ambos hijos de un mismo padre, que es Dios y está en los cielos; porque ambos son hermanos de aquel hermano mayor que, pendiente de una cruz, dió la vida por todos y se llama Jesucristo; por ser ambos ciudadanos de un mismo reino, que es el de los cielos.

Y para persuadir a los hombres que se amasen mutuamente con este amor de caridad, ¿qué género de argumentos dejó de emplear Jesús?. A todos nos manda levantar los ojos al cielo, porque, *unus est Pater vester qui in coelis est*. Mat. 23, 9, ; a todos, sin distinción de clases ni de familias, nos enseña la misma forma de orar: *Pater noster qui est in coelis*, Mat. 6, 9: es más, afirma que el Padre celestial, al repartir los beneficios naturales, no hace distinción de los méritos de cada uno, *qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos*, Mat. 5, 45; nos dice, unas veces, que somos hermanos: *omnes autem vos fratres estis*, Mat. 23, 8.; otras nos llama hermanos suyos: *ut sit ipse primogenitus in multis fratribus*, Rom. 8. 29. Y, lo que tiene más fuerza para estimularnos en grado sumo a este amor fraterno, aún hacia aquellos a quienes nuestra nativa so-

berbia menosprecia) quiere que se reconozca en el más pequeño de los hombres la dignidad de su misma persona: *quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis*, Mat. 25, 40... ¿Qué más?. En los últimos momentos de su vida rogó encarecidamente al Padre que todos cuantos en Él habían de creer fuesen una sola cosa por el vínculo de la caridad: *sicut tu Pater, in me, et ego in te*, Joh. 17, 21: finalmente, suspendido en la cruz, derramó su sangre sobre todos nosotros, para que unidos estrechamente, como formando un solo cuerpo, nos amásemos mutuamente con un amor semejante al que existe entre los miembros de un mismo cuerpo (confert. Ency. *Ad beatissimi Apostolorum*, 1, novembr., 1914.)

Por eso, sin duda, el discípulo amado, el gran apóstol y evangelista San Juan, que tuvo la regalada dicha de reclinar su cabeza en el pecho amoroso de Jesús durante la última cena, en aquella noche memorable de los grandes misterios, y parece haber penetrado, como ninguno, en los secretos arcanos de aquel corazón sacratísimo, cuando, nonagenario ya, predicaba a sus discípulos, no cesaba de inculcarles ese amor diciéndoles: *filioli mei diligite alterutrum*. Hijitos míos, amaos los unos a los otros. Y cansados de oírle tantas veces la misma exhortación, le dijeron los discípulos: Maestro ¿por qué tantas veces nos repites eso mismo? Y él les contestó con una sentencia digna de S. Juan, nos advierte S. Jerónimo; «porque es mandato de Jesús, les dijo; y, si lo cumplis, él sólo basta. Sí, él sólo basta; porque todos los mandamientos pueden reducirse a uno sólo; al mandamiento de la caridad. *«quidquid praecipitur, in sola caritate solidatur,»* dice San Gregorio Magno, (Hom. 27, in Evang.). Porque la caridad, «es sufrida, es dulce y bienhechora, no es envidiosa, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, ni busca su propio interés, no se irrita, ni piensa mal, no se huelga de la

injusticia, y se complace en la verdad; a todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera y lo soporta todo», nos dice el Apóstol, (Cor. 13. 4—7.). Es que la caridad, nos asegura el mismo, es el «vínculo de la perfección»; Coloss. 3, 14; porque es aquel amor santo que todo cuanto toca lo purifica y embalsama. Sube al cielo, que aquella es su patria, y allí ama a Dios y a los Bienaventurados, que forman su cohorte; baja al purgatorio, y allí ama a nuestros hermanos, que, aunque se están purificando, también ellos son hijos de Dios, y recorre todos los espacios del mundo, porque en todas partes encuentra hombres a quienes amar. No hay más que un sólo lugar donde la caridad no habita ni puede habitar jamás. Es aquella triste morada donde reina la desventura de no amar: aquella región que los cristianos llamamos infierno. Por lo demás, la caridad es el vínculo estrecho, el lazo santo de la unión de unos hombres con otros y de todos los hombres con Dios; la caridad es el fuerte aglutinante de todas las almas, y todo otro amor es disolvente enérgico de los espíritus.

Porque, bueno es el amor que el hombre se profesa a sí mismo. Pero si el hombre no se ama en Dios, ese amor, separa y destruye. El amor de sí mismo, cuando no es caridad, tiene un nombre justamente de todos odiado: se llama egoísmo. Y nada más contrario a la unión y al bien común, que ese amor desordenado de sí mismo.

Bueno es el amor de la familia; pero si a la familia no la amáis en Dios y por Dios, ese amor, separa y destruye. El amor de la familia, cuando no es caridad, es un cerco de hierro que estrecha y limita; es una muralla que aísla.

Bueno es el amor de la patria; pero si a la patria no la amamos en Dios y por Dios, ese amor, separa y destruye. El amor de la patria, cuando no es cari-

dad, se convierte en germen fecundo de enemistades y odios que llevan consigo, ¡ay!, lo estamos viendo, desolación y ruina.

Por eso, haciendo nuestras para terminar, aquellas palabras de San Agustín, os diremos: «*non vos exhortor ut habeatis fidem, sed caritatem. (Non potestis habere caritatem sine fide): caritatem enim dico Dei et proximi*». No os exhortamos a que tengáis fe, sino caridad (aunque sin fe no podéis tener caridad) caridad, decimos, con Dios, y caridad también con el prójimo.

NOTA: Aquí llegábamos escribiendo cuando se desencadenó esta guerra civil, cruel y fratricida,, fruto duro y amargo, aunque natural y espontáneo del desprecio y olvido de Dios, por una parte; y de la codicia de bienes terrenos por otra, juntamente con el odio y lucha de clases, que tanto se ha predicado en estos últimos tiempos, lucha feroz en que todos los españoles veníamos empeñados,

Ella Nos obliga a decirnos una palabra más sobre el amor que debemos a nuestros enemigos. No será otra cosa que la aplicación práctica de la doctrina de amor y caridad que os venimos exponiendo.

IV.

Con el estampido del cañón, el fragor de la pelea, el olor a pólvora y el vivo dolor que todos hemos experimentado, en muchos, las pasiones se han exacerbado hasta el paroxismo; y no es raro oír a personas, por lo demás sensatas y buenas, frases que bien poco o nada tienen de cristianas, queriendo justificar con ellas ciertos hechos que merecen la más enérgica reprobación.

Nos hacemos cargo de que semejante lenguaje viene inspirado, al presente, por el más justo dolor. Por eso, suficientemente Nos lo explicamos, y piadosamente lo hemos de disculpar; pero en manera alguna podemos aprobarlo, ni ello puede ser justificado.

El amor a nuestros enemigos, aun a los más encarnizados, por muchos y graves que sean los males que nos hayan inferido, o estén dispuestos a causarnos, no es algo que libremente podamos aceptar o rechazar; es algo necesario, que cae bajo precepto; nos está taxativamente mandado. Porque, no dijo Jesucristo: *podéis* amar a vuestros enemigos, y así seréis perfectos; sino que dijo: «*amad* a vuestros enemigos; *haced bien* a los que os aborrecen, y *orad* por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos, *imitadores*, de nuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores; que, si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener?; ¿no lo hacen así aun los malos y perversos?. (Mat. 5, 44-46.) Que es como si más claramente dijera: «*Yo os mando que améis a vuestros enemigos*; y que ese acto de vuestra voluntad, que mucho os tiene que costar, porque supone una gran lucha contra vuestras pasiones y apetitos y lleva consigo el vencimiento de vosotros mismos, que sois siempre vuestro mayor enemigo, no ha de ser un acto de amor puramente interior, meramente platónico; sino tal que, *cuando la ocasión se ofrezca*, se convierta en obras; que los beneficios exteriores que les hagáis manifiesten claramente la eficacia del amor interior que les profesáis; que sólo así podréis ser dignos hijos de vuestro Padre que está en los cielos e imitarle a El que reparte sus beneficios entre los buenos, que le sirven y le aman; y entre los malos, que le aborrecen y le odian.»

Y bien podía hablar así El, «que nos amó primero», 1. Joh. 4, 1b) y «siendo sus enemigos, nos reconcilió consigo mismo, no con actos interiores de su soberana voluntad, que ya esto hubiera sido mucho; sino enviando a su Unigénito Hijo a ser víctima de propiciación por nuestros pecados, que los lavó en su muerte con su preciosísima sangre». Rom. 5,

De suerte, que al intimarnos el precepto de amar a nuestros enemigos, no nos manda cosa imposible, sino perfecta; porque lo que El, siendo inocentísimo, hizo con los que le crucificaron; lo que hizo el mártir San Esteban, que rogó por los que le apedearon; lo que tantos otros santos hicieron, no se ha de llamar imposible, aunque hayamos de reconocer que es dificultoso, sino perfecto; y perfectos, no tibios ni mediocres, nos quiere a todos Jesucristo, pues que a todos nos dice; «sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

Por lo demás, os decíamos antes, que este precepto del amor a los enemigos no es otra cosa que una de las aplicaciones prácticas de la doctrina antes expuesta sobre la caridad, y así es, en efecto. Porque en el enemigo, hemos de considerar dos cosas: la participación real, o posible, que de la naturaleza divina tiene, como todo hombre que viene a este mundo, por lo cual merece ser amado, ni más ni menos que cualquier otro hombre, con el amor de caridad. Pero ha de tenerse en cuenta también, la animadversión hacia nosotros, y los males que nos ha causado; con lo cual, no se hace digno de nuestro aprecio y amor, sino al contrario, reo de pena, de ser menospreciado y odiado. Pero es el caso que el enemigo es una persona sola, y no más. Y aunque nuestro entendimiento pueda discernir en el enemigo un conjunto de buenas cualidades, por las cuales merezca y deba ser amado; y otro grupo de cualidades malas, o, si queréis, pésimas, que le hagan objeto de animadversión u odio; nuestra voluntad, no puede hacer semejantes distinciones; y, por necesidad, ha de dirigirse a él, o con la fuerza y empuje de su amor, o con el ímpetu de su odio; o le ama, o le odia; no se da término medio, ni puede amarle, en parte; y en parte odiarle.

¿Le amas?, ¡ah!, entonces, ha triunfado en tí el

amor de Dios; has amado a Dios sobre todas las cosas; porque, al amar a tu enemigo con amor de caridad, no le amas por él, sino por Dios y para Dios; y así es a Este, no a aquél, a quien *principalmente* amas.

Pero si no amas a tu enemigo, si le odias, ha vencido tu amor propio; te has amado a tí mismo más que a Dios; porque puesto Este en paragón con el bien tuyo, d que el enemigo te privó, has preferido este bien a tu Dios; antes que a Dios, que se encontraba en tu enemigo, y más que a Dios, te has amado a tí mismo y tu propio bien. Y esto, evidentemente, es contra la ley santa de Dios que manda, y con perfectísimo derecho exige, que le amemos a El con preferencia a toda otra persona y a cualquiera otro bien, aunque este bien seamos nosotros mismos, que esto pide la justicia: que el mayor bien sea más amado. Y Dios, no sólo es en sí el mayor bien; lo es también para nosotros, es nuestro mayor bien, ya que en Dios tenemos y encontramos cuanto nos falta, que es bastante más de lo que actualmente poseemos.

Guárdese nadie, sin embargo, por eso de creer que el cristiano venga obligado a dar a sus enemigos señaladas muestras de amor, o que haya de favorecerles con especiales beneficios. Esto, ni es necesario, y por lo mismo, ni esta mandado; ni en general, sería factible. Quien lo haga, obrará con perfección. Así lo hacen los santos, que se esfuerzan en cumplir, no sólo los preceptos, sino también los consejos, siendo tanto el fuego de su caridad que se extiende, no sólo a parientes y amigos, a las personas próximas y cercanas, pero llega y alcanza también a las extrañas y remotas, hasta los mismos enemigos, que son los que se encuentran más distantes y apartados,

Pero lo que todos tenemos que hacer, y no cumpliríamos con menos, es no excluir a nuestros enemigos, por el hecho de serlo, de aquel amor general, y de los beneficios comunes que un cristiano debe estar

siempre dispuesto a prestar a otro cristiano, un ciudadano a otro ciudadano, un pariente a otro pariente; aunque las muestras de singular afecto, y los favores especiales con que solemos distinguir a los que por vínculos más estrechos de parentesco y amistad se hallan a nosotros íntimamente unidos, para éstos las reservemos; y sólo hayamos de hacerlas extensivas a nuestros enemigos, cuando éstos se hallen verdaderamente necesitados, conforme a lo que se lee en los Proverbios; (25, 21.) Si exurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitit, da illi potum». Si tu enemigo hambrea, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Pero, fuera de estos casos, el hacerlo, no es de precepto, sino de consejo. Y bien haríamos todos en cumplirlo siempre.

Pues ahí tenéis, V. H. y A. H. N., lo que deseábamos recordaros en el aniversario de nuestra entrada en esta amadisima diócesis de Osma: que cumpláis como buenos, como lo hacían vuestros padres, los preceptos de Dios y de su Iglesia; que améis a Dios sobre todas las cosas, y que améis también al prójimo; aunque éste sea un enemigo, como os amáis a vosotros mismos, no con amor de concupiscencia, que es imperfecto y egoísta, sino con el de benevolencia, que es más perfecto y excluye todo interés personal, y, cuando encuentra reciprocidad, y en Dios, de ello podéis estar bien seguros, la encuentra siempre, es amor de amistad; amistad que, si se funda en la comunicación del bien sobrenatural, tenemos el amor más perfecto y excelente, que es el amor de caridad.

Pues con este amor, amemos más cada día lo que Dios nos manda amar, para que así logremos alcanzar la gloria eterna que Él nos promete. «Hoc fac, et vives», nos dice Jesús. Hacedlo así y viviréis tranquilos en la tierra durante el tiempo, y felices en el Cielo por toda la eternidad.

Y como prenda de ello, recibid todos, V. H. y A. F. la benuición que con el mayor afecto os damos, en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Burgo de Osma, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de septiembre de 1936.

† TOMÁS, OBISPO DE OSMA,



Por mandado de Su Exc. Rvdma, el
Obispo, mi Señor

Bartolomé Marina

Vicesecretario.

Léase esta pastoral al pueblo fiel en la forma acostumbrada.

SEMINARIO CONCILIAR

**Apertura del Curso Académico de
1936-1937**

Aunque, gracias a Dios, en toda nuestra Provincia y Diócesis la tranquilidad y el orden son absolutos, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo ha dispuesto queden sin efecto las fechas que para la inauguración del Curso Académico de 1936-1937 se indicaban en el BOLETIN ECCO. de 5 de agosto último, señalando en su lugar las siguientes:

Ingreso en el Seminario de los alumnos internos, el 30 de Septiembre.

Apertura del Curso, el día 1.º de Octubre próximo.

Burgo de Osma, 8 de septiembre de 1936.

El Rector,

Dr. Ildefonso Alvarez,

Agenda in collatione diei 17 septembris

.....

Sirus parochus feminam viginti et quinque annorum domi habet. Ancilla est quidem optimis moribus praedita; pia, nempe, modesta in dicendo, caeteris feminis ejusdem aetatis et conditionis virtute facile praestantior. Sed confessor Siri ipsum pravis cogitationibus turbatum frequenter agnoscit, adeo ut facile sit concludere Sirum tentationes molestas et frequentissimas contra castitatem pati, propter ancillae continuam praesentiam et cum ipsa necessarium colloquium. Confessarius nihil curat de admonendo periculo, et tandem Sirus in miserriam et infelicissimam vitam peccati prolabitur.

Quaestio moralis

Quid prohibeat canon 133? ¿Cum quibus feminis permittatur clericis cohabitare? ¿Quaenam in hac materia ad Ordinarium loci pertineant? ¿Quid de agendi ratione confessarii in casu?

Quaestio liturgica

¿Quomodo, in Missa solemni, Crux incensanda?

SUMARIO: Carta Pastoral del Excmo. y Rvdmo. Prelado sobre la Caridad.— Seminario Conciliar: Apertura del Curso Académico de 1936-1937.— Conferencia moral y litúrgica.

IMPRESA Y LIBRERIA DE JIMÉNFZ.—BURGO DE OSMA